

LA CATEDRAL DE GADEA.

COLOR EN EL SIGLO XIV

AUTORA

MANUELA RAMOS

(3º ESO)

Era lunes y me acababa de despertar, un despertar con la tenue luz que entraba por el pequeño ventanuco de la habitación.

Como otras muchas mañanas, levanté a mi familia; mi madre y yo cuidábamos de la casa y de los niños y mi padre se iba al gremio de artesanos a trabajar, un gremio de vidrieros. Mi familia tenía un secreto que guardábamos

celosamente: éramos mi madre y yo las que diseñábamos las vidrieras para la hermosa catedral de nuestra ciudad, puesto que mi padre, a pesar de ser un buen hombre y tener mucha técnica, no poseía mucha creatividad.

Desde pequeña ya cosía retales de colores y los ponía en la ventana de tal forma que la luz que pasara a nuestro hogar, coloreara la estancia dándole un toque mágico.

Tristemente mi madre enfermó de peste negra y a los pocos días falleció. Mi familia se hundió en una gran tristeza, sin ella nada sería igual. Después de unos días de duelo, decidí seguir yo sola la labor que hacíamos

juntas, diseñando y dibujando las vidrieras multicolores a la vez que cuidaba de mis hermanos y hacía las tareas. Mi sueño era trabajar en la construcción de esa gran catedral pero sabía que era muy difícil por ser mujer y pensé una y otra vez en cómo podría conseguirlo.

Un buen día corrió el rumor de que el maestro de obras había fallecido también por la peste; ese era mi gran momento: disfrazarme de hombre y hacer mi sueño realidad. Estaba dispuesta a dirigir la construcción de la catedral.

Ataviada de ropas masculinas, me presenté ante el obispo junto a otros veinte hombres. Todos presentamos nuestras ideas y con mi proyecto y mis dibujos, propuse plantar jardines verticales en los muros de la catedral, de modo que los rosetones y vidrieras representaran flores. Sorprendido el obispo por mi creatividad, fui la elegida y me convertí en la maestra de obras.

Empecé a trabajar al día siguiente, me sentía capaz de opinar fuera de la cocina y de las tareas que las mujeres tenían que hacer forzosamente. Por fin estaba fuera de la burbuja que me había estado aislando desde

hace años.

Trabajé toda mi vida en la construcción de esa gran obra desarrollando todas mis ideas y proyectos que habían estado ocultos durante tanto tiempo.

A la vez que yo envejecía mi jardín crecía y florecía. La gran obra estaba a punto de acabar pero yo sentía que mi momento final llegaba. Me fui a mi hogar a despedirme de mi vida, de mi historia...

Me fui como empecé, mirando la tenue luz del pequeño ventanuco traspasado por las telas coloreadas de mi infancia.

El día de mi muerte se sorprendieron todos de mi verdadera identidad, no era un varón, era Gadea, la hija del maestro vidriero. Por eso la llamaron la catedral de GADEA.

Desde ese día todas las mujeres que pasan por la catedral de GADEA ponen una flor en el muro como reconocimiento de esa gran mujer y con cada flor intentan conseguir las metas que la sociedad restringe para ellas, sin tener que ocultar su talento bajo la apariencia de un hombre desafiando los estereotipos.